

RELIGIÓN, POLÍTICA Y DEMOCRACIA CRISTIANA: CHILE E ITALIA EN PERSPECTIVA COMPARADA

ALESSANDRO SANTONI
Universidad de Santiago de Chile
alessandro.santoni@usach.cl

(Recepción: 29/11/2011; Revisión: 28/06/2012; Aceptación: 04/10/2012; Publicación: 21/11/2013)

I. RELIGIÓN Y POLÍTICA EN TIEMPOS DE GUERRA FRÍA: EL MATRIMONIO ENTRE IGLESIA Y DC.—2. EL CONCILIO Y LA AUTONOMÍA DEL PARTIDO CATÓLICO.— 3. LA DC, LOS CATÓLICOS DE IZQUIERDA Y EL DIÁLOGO CON EL MARXISMO.—4. RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA ERA DE JUAN PABLO II Y BENEDICTO XVI: EL RETORNO DE LA IGLESIA A LA TRINCHERA.—5. LOS DILEMAS DEL PARTIDO CATÓLICO EN LA ÉPOCA DEL NUEVO «CLIVAJE RELIGIOSO».—6. CONCLUSIONES.—7. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Este trabajo analiza, en clave comparada, la trayectoria de los partidos demócrata-cristianos chileno e italiano en la segunda mitad del siglo XX, poniendo una especial atención en las repercusiones que los cambios en la agenda de la Iglesia católica tuvieron sobre las suertes de este actor político. El periodo abarcado va desde los años de la posguerra, en que la preocupación por el desafío del marxismo ateo llevó a la Iglesia a establecer una relación privilegiada con la DC; pasando por las repercusiones políticas del Concilio Vaticano II; hasta la más reciente énfasis de la Iglesia en la esfera de la moralidad personal, acompañada por la adopción de modalidades de acción política típicas de un «grupo de presión». El artículo evidencia una serie de analogías que han marcado esta evolución en los dos casos analizados, las que guardan relación con la historia de los dos países y con el posicionamiento de derechas e izquierdas frente al tema religioso. Estas analogías nos permiten entender a la crisis identitaria que hoy afecta, en ambos casos, a los sectores del catolicismo político que han confluído en coaliciones de centroizquierda.

Palabras clave: Democracia Cristiana; Chile; Italia; religión.

RELIGION, POLITICS AND CHRISTIAN DEMOCRACY: CHILE AND ITALY IN COMPARATIVE PERSPECTIVE

ABSTRACT

This paper analyzes in comparative key, the trajectory of the Chilean and Italian Christian Democratic parties in the second half of the twentieth century, paying special attention to the impact that changes in the agenda of the Catholic Church had on the fortunes of this political actor. The analysis begins with the postwar years, when the Church developed a concern about an atheistic Marxism that challenged catholic views of society; as a consequence, the Church established a special relationship with Christian Democratic parties. Then, the paper describes the political impact of the second Vatican Council. Finally, the paper considers Church's recent emphasis on individual morality as well as the adoption of forms of political action akin to pressure groups. The comparative analysis shows the similarities of the Italian and Chilean cases regarding the left and right-wing alignments facing religious matters. The analogies help us to understand the identity crisis which affects, in both cases, Catholic political groups which converged to center-left coalitions.

Key words: Christian Democracy; Chile; Italy; religion.

* * *

Este artículo (1) aborda, en clave comparada, el peso que la dimensión religiosa ha tenido en la articulación de los sistemas políticos chileno e italiano, a lo largo de las últimas cuatro décadas del siglo XX, prestando especial atención a las repercusiones que los cambios de paradigma han generado en la situación de los fuertes partidos de inspiración cristiana que, en ambos casos, han ocupado la posición de centro en el sistema de partidos: la Democracia Cristiana (DC) italiana y el Partido Demócrata Cristiano (PDC) chileno (2). En particular, el interés se dirige al partido chileno y a aquellos sectores del partido italiano que, así como el PDC, se han orientado, a partir de los 90, hacia una alianza con partidos de izquierda. La pregunta que guía el análisis gira en torno al sentido del centro católico «que mira hacia la izquierda» en la sociedad de hoy. Hemos considerado la relevancia que la religión católica y los planteamientos de la Iglesia con relación a la esfera pública han tenido en diferentes periodos histó-

(1) El autor es doctor en Historia Política por la Università di Bologna e investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Este artículo es el producto del trabajo realizado en el marco del proyecto de Inserción Postdoctoral CONICYT 79090019. Se agradecen los comentarios de los colegas del Instituto de Estudios Avanzados, especialmente del Dr. Raúl Elgueta y del Dr. Cristián Parker.

(2) En lo que concierne la historia del PDC chileno, véanse: GRAYSON (1965); SEPÚLVEDA (1996); GAZMURI (2000); FLEET (1985). En lo que concierne la DC italiana, véanse entre los otros: SCOPPOLA (1988); GIOVAGNOLI (1996); GALLI (2007); PARISELLA (2000).

ricos, su evolución en el tiempo, las transformaciones de su significado y sus efectos en el cuadro político de los dos países. Hemos tenido a la vista una serie de patrones comunes cuya interacción — más allá de las naturales diferencias — ha influido decisivamente en las perspectivas de los dos partidos analizados.

Si bien es cierto que no sería correcto sobredimensionar el papel de la religión en la explicación de tales procesos, tampoco se pueden menospreciar sus efectos, ya que el cristianismo sigue siendo la principal referencia identitaria de estos partidos. Se trata, no obstante, de una referencia sobre la cual estos tienen un control muy limitado, condicionado por las orientaciones de la Iglesia católica, su verdadera monopolista, y por el continuo reposicionamiento de otros sectores políticos ante una dimensión tan relevante en la vida social de estos países. En nuestro análisis, al hablar de la dimensión religiosa de la política, se considerarán una serie de temáticas que, en distintas etapas, se han relacionado con el papel de la Iglesia católica en la esfera pública (3). Ellas van más allá de lo que Lipset y Rokkan definieron como «clivaje religioso» que, en su acepción original, se refería a la formación, en la época de las revoluciones nacionales, de una dimensión de competencia partidista, a raíz de la arremetida de nuevas ideas respecto del poder y la ciudadanía que desafiaban a los privilegios de la Iglesia en la esfera pública (4). A lo largo del siglo XX, estas problemáticas se han ido reconfigurando a raíz de nuevos desafíos. Entre estos, de particular relevancia ha sido el surgimiento, como producto de la revolución industrial, de lo que los autores aludidos definieron como clivaje de clase y, en años más recientes, la emergencia de nuevos elementos de tensión entre religión y modernidad, representados por los temas de moralidad sexual. Con la emergencia del primero de estos desafíos, la izquierda marxista quedaba posicionada en uno de los dos bandos del clivaje religioso preexistente y — desde la adopción de un ateísmo doctrinario — radicalizaba su contenido, llevándolo más allá de la cuestión de la separación Estado-Iglesia, hacia el cuestionamiento de la religión en cuanto tal y la denuncia de su función legitimadora del orden socioeconómico establecido. Por su parte, la Iglesia ofrecía al tema de la pobreza una respuesta alternativa a la planteada por el socialismo, con la formulación de la moderna Doctrina Social de la Iglesia, a través de las Encíclicas *Rerum novarum* (1891) y *Quadragesimo Anno* (1931). En cambio, el segundo desafío ha configurado,

(3) A partir de los 90 se ha producido un debate en torno a las dimensiones que articularían la competencia entre partidos y coaliciones en el Chile actual. Un aspecto que a menudo ha sido considerado en esta discusión es la vigencia del clivaje religioso. A este respecto, véase en particular VALENZUELA, SCULLY, SOMMA (2007).

(4) LIPSET, ROKKAN (1967): 1-64. Chile ha representado — entre mediados del siglo XIX y comienzos del XX — un caso *tipo*, en el que la lucha que opuso el confesionalismo conservador al laicismo liberal y radical fue la expresión política del conflicto entre Estado e Iglesia en torno a las prerrogativas que ambos poderes reivindicaban en la vida pública de la Nación. En Italia, en cambio, las vicisitudes de la formación del Estado unitario, coronadas con la anexión de Roma y la desaparición del poder temporal de la Iglesia (1870), habían desplazado la línea de enfrentamiento afuera del sistema político, en el marco del conflicto abierto entre Estado e Iglesia.

en las últimas décadas del siglo xx, al que definiremos —usando con cierta libertad la definición de Lipset y Rokkan— como un nuevo «clivaje religioso», producto de la secularización de la sociedad y de la evolución de las costumbres. Temas como el aborto, el divorcio, la procreación asistida o la homosexualidad, se han instalado en la agenda pública, en un proceso de politización de la esfera de la moral privada, que ha visto a la Iglesia volver a la trinchera contra el mundo moderno, después de la tregua del Concilio Vaticano II.

Este trabajo parte del planteamiento que la DC fue la expresión de una fase en que estaba perdiendo vigor el antiguo conflicto asociado a la definición de Lipset y Rokkan, y en que el clivaje socioeconómico, junto a los conflictos ideológicos asociados a este, asumía un rol central en determinar los ejes del compromiso de los católicos en la esfera de la política. Hoy en día, en cambio, la reactivación del «clivaje religioso» y el debilitamiento del «clivaje socioeconómico» han cambiado el escenario, afectando a la DC, enfrentándola a la necesidad de repensar su razón de ser.

La forma en que estas variables han repercutido en los dos casos analizados, presenta, además, interesantes analogías que guardan relación con la historia de ambos países, el posicionamiento de otros actores políticos frente al tema religioso, el sistema de partidos y el contexto institucional. Todos estos factores han condicionado la evolución del catolicismo político y su interrelación con los demás actores políticos; entre estos la misma jerarquía eclesiástica —que en ambos países goza de un importante capital político—, y los varios movimientos de inspiración religiosa que han proyectado su acción en la esfera de la política (5).

A nivel político, la comparabilidad y la asimilabilidad de los dos casos radica, sobre todo, pero no exclusivamente, en el papel central de los dos partidos católicos y en las analogías entre ellos. El PDC y la DC tienen una orientación ideológica similar, han sido parte de la Internacional Demócrata Cristiana y han tenido una extensa y bien documentada relación; ambos han jugado un papel central en la vida política de los respectivos países, asumiendo el rol de partidos de centro que intenta superar el clivaje de clase; ambos se han planteado como alternativa a la amenaza del marxismo y, sin embargo, en diferentes etapas, han establecido relaciones de alianzas o colaboración con fuerzas de izquierda, a su vez abiertas al diálogo con el mundo católico. En ambos países, a partir de los noventa se impuso un sistema bipolar análogo, con la DC o parte de esta —en el caso italiano— aliada a una izquierda renovada en un bloque de centro-izquierda y con la configuración de un nuevo sujeto de derecha que en ambos casos ha tratado de hacerse con la representatividad de los católicos.

El periodo analizado por el artículo abarca la segunda mitad del siglo xx. Después de ilustrar brevemente algunos antecedentes históricos, el punto de partida está marcado por el escenario de la guerra fría. Luego, se abordarán los

(5) Sobre el caso chileno véase FLEET, SMITH (1997). Sobre el caso italiano, JEMOLO (1995); GIOVAGNOLI (2011).

cambios que el Concilio Vaticano II generó en la dimensión política del catolicismo, junto a su evolución en los años sesenta y setenta. En la segunda parte analizaremos los cambios que han reconfigurado la orientación de la Iglesia católica bajo el pontificado de Juan Pablo II y los efectos que estos producen en el catolicismo político, en el marco de los contextos generados por el fin de la guerra fría, la transición en Chile y la crisis de la primera república en Italia.

I. RELIGIÓN Y POLÍTICA EN TIEMPOS DE GUERRA FRÍA: EL MATRIMONIO ENTRE IGLESIA Y DC

El Partido Popolare Italiano (PPI) y la Falange Nacional, antecedentes de la DC y del PDC, nacieron como respuesta a los primeros dos desafíos mencionados en nuestra introducción: la imposición de los principios liberales y la cuestión social. Eran partidos no confesionales, cuya tarea era la de operar en un contexto liberal-democrático promocionando la doctrina social de la Iglesia (6). El PPI fue fundado por don Luigi Sturzo en 1919, año de la abrogación oficial de la disposición *Non Expedit*, con la que la Santa Sede, a partir de 1868, impuso a los católicos la no participación en la vida política de la nación. La Falange se constituyó en colectividad autónoma en 1938, con la escisión de la juventud del Partido Conservador, cuyo programa socioeconómico los falangistas consideraban anclado en la defensa del *status quo*. En ambos casos, la relación con la jerarquía eclesiástica resultó un asunto muy problemático debido a las preferencias de esta por otras soluciones políticas: la identificación con el Partido Conservador, en Chile, y el compromiso con el régimen fascista, en Italia. La Falange enfrentó incluso una crisis que la condujo al borde de la autodisolución cuando, en 1947, fue objeto de los ataques de importantes sectores eclesiásticos que cuestionaron su pretensión de interpretar la doctrina de la Iglesia, y tacharon a sus dirigentes de enemigos de Cristo por no unirse a la campaña anticomunista que, por entonces, estaba desatándose en el país (7). En Italia, el beneplácito eclesiástico otorgado para el nacimiento del PPI, después de la guerra, mostró muy pronto sus límites ante la imposición de la dictadura mussoliniana. La jerarquía se demostró dispuesta a sacrificar la existencia misma de este partido con tal de establecer buenas relaciones con el régimen, con quien firmaría, en 1929, los Pactos del Letrán que sancionarían el reconocimiento, entre otras cosas, del catolicismo como religión de Estado.

(6) Sobre la formación de los partidos católicos en Europa véase KALYVAS (1996); DURAND (1995). Para el caso latinoamericano véase HAWKINS (2010).

(7) GAZMURI (2000): 321-336. En 1948, la Falange se resistió a votar la llamada «ley maldita», con la cual el gobierno de Gabriel González Videla puso fuera de ley al Partido Comunista de Chile (PCCh). En 1958, el PDC será parte integrante, al lado de los partidos de izquierda, del Bloque de Saneamiento Democrático, agrupación que en ese año consiguió exitosamente la reforma del sistema electoral y la eliminación de dicha ley.

Los partidos demócratacristianos que nacieron de reorganizaciones siguientes, en que falangistas y *popolari* jugaron un papel importante si bien no exclusivo, gozarán, en cambio, no solo de la legitimación, sino del abierto respaldo de la Iglesia. Esta relación privilegiada entre Iglesia y partido católico que ha caracterizado los contextos italiano y chileno se relacionaba, en su origen, no tanto con la emergente preferencia de la Iglesia por las bases doctrinarias de la DC en materia de democracia, sino con la urgencia que asumía en ambos países el clivaje socioeconómico debido a las alentadoras perspectivas electorales de los partidos de izquierda, socialistas y comunistas. La historia de ambos países ha estado marcada por la existencia de estas fuerzas y la trayectoria de los partidos católicos ha sido cruzada íntimamente con la de este adversario-interlocutor. En los dos casos, la DC se ha afirmado como actor político protagónico, asumiendo el papel de alternativa frente a la izquierda, en un contexto en que la percepción de la amenaza de conflicto entre el Este y el Oeste se cruzaba con el clivaje religioso, influyéndolo, reconfigurándolo y reactivando su poder. Terminada la época de las coaliciones antifascistas, durante la segunda mitad de los años cuarenta, la DC italiana —liderada por el primer ministro Alcide de Gasperi, quien en 1947 había marginado a las izquierdas del gobierno— se configuró como bastión de la defensa de la nación contra el «peligro rojo», asegurándose el respaldo y beneplácito de la Iglesia y de EE.UU. (8). De manera análoga, el PDC chileno se imponía como el principal partido del país y llevaba, en 1964, a Eduardo Frei Montalva a la presidencia, en un contexto marcado por la Revolución cubana y el lanzamiento de la Alianza para el Progreso. El ideal y el proyecto demócratacristiano habían llegado a Chile, y a América Latina, años antes, como producto de la influencia europea entre sectores intelectuales laicos y religiosos: ahora, frente al desafío marxista, la Iglesia y Estados Unidos daban su bendición a la luz de lo que se había logrado en Europa. Es justamente en esta fase, correspondiente a los años 40 y 50 en Italia y a los 60 en Chile, que la asociación de estos partidos con la jerarquía llegó a su punto máximo. En ambos casos, la Iglesia respaldó activamente a la DC, y sus estructuras paralelas suplieron las necesidades de partidos todavía poco organizados (9). La dimensión religiosa caracterizó las cruzadas contra el ateísmo marxista que acompañaron las elecciones de 1948 en Italia y de 1964 en Chile, con más de un paralelo significativo a nivel de discurso, en el abuso de la asociación del «peligro rojo» con el fantasma de la disolución de la institución familiar (10).

(8) Sin embargo, el respaldo del Vaticano a la DC no fue espontáneo ni fácil. Después de la caída del fascismo, numerosos representantes de la jerarquía parecían preferir una solución de tipo autoritario a la democracia, y no pocos admiraban el modelo clerical autoritario español: SCOPPOLA (1988).

(9) Sobre el caso chileno véase FLEET, SMITH (1997): 49-53.

(10) En el caso de la campaña del terror de 1964, esta propaganda parecía provenir sobre todo de sectores ajenos a la DC, adscritos a la derecha tradicional. Véase al respecto CASALS (2009): 294-311.

Desde un comienzo destacaron también importantes diferencias. Distinta fue la manera en que los dos partidos demócratacristianos interpretaron su papel de centro. En Italia, un partido católico hegemónico y muy pragmático era el eje estabilizador del sistema, aliado con partidos de matriz laica. En Chile, en cambio, el PDC de Frei se configuraba como un centro muy ideológico, con vocación mesiánica, alternativo a izquierda y derecha. Otras diferencias se relacionaban con el contexto socioeconómico y la propia evolución de la Iglesia. En la Italia de la inmediata posguerra, la DC de De Gasperi se comprometió con una política de reconstrucción económica de corte ortodoxo mientras que en el seno de la Iglesia, las preocupaciones por la amenaza comunista a la propiedad privada prevalecieron sobre cualquier atisbo reformador. En cambio, a comienzos de los sesenta, el respaldo de los obispos chilenos al PDC —partido que se configuraba, abiertamente, como alternativa al marxismo en el camino de la transformación de las estructuras socioeconómicas— fue la expresión de un auténtico y activo compromiso con el tema de la justicia social. Para entonces, era la misma Iglesia de Roma la que, entrando en fase conciliar, estaba cambiando.

2. EL CONCILIO Y LA AUTONOMÍA DEL PARTIDO CATÓLICO

Los años sesenta marcaron un cambio fundamental en la relación entre religión católica y política, rearticulándose los ejes de acción del mundo católico en la esfera pública según nuevas directrices, relacionadas tanto con el clivaje de clase y el conflicto ideológico asociado, como con el mismo clivaje religioso. El proceso de renovación y de apertura al mundo que planteó el Concilio Vaticano II, fue la principal expresión y fuerza motriz de este fenómeno. En primer lugar, la Iglesia, a través de la encíclica *Mater et Magistra* (1961) relanzó con fuerza su compromiso con la problemática de la pobreza. Esto generó, sobre todo en América Latina, una fase de protagonismo social que ha encontrado su principal expresión programática en los trabajos de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín (1968). En segundo lugar, el Concilio puso fin a las reticencias que, hasta el pontificado de Papa Pacelli (Pío XII), habían marcado la relación entre las jerarquías eclesásticas y la democracia liberal, a través del reconocimiento, por parte de la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, de la independencia entre Estado e Iglesia, y de la autonomía del laicado en la esfera de la acción política. En fin, en el marco de la nueva actitud frente a las grandes corrientes del mundo contemporáneo (11), la encíclica *Pacem in Terris* (1963) valoró las perspectivas de colaboración con fuerzas de diferente inspiración filosófica e ideal, abriéndose espacios de diálogo, incluso

(11) HIMES (2006): 15-32.

con una concepción del hombre considerada incompatible con los preceptos cristianos, como la marxista (12).

Estos cambios impactaron profundamente la relación entre política y religión en todo el mundo católico. En Italia y Chile se superpusieron y se cruzaron con una serie de procesos que estaban revolucionando la realidad política y social de los dos países a partir de los años 60, y transformaron radicalmente la geografía del catolicismo político, así como el posicionamiento de otros actores frente al tema religioso. En ambos casos, acarrearón profundas consecuencias para las dos DC: por una parte, crearon el contexto político-cultural (basado en la centralidad del clivaje socio-económico y en la configuración de peculiares clivajes antifascistas y antiautoritarios) en que echaron sus raíces las actuales alianzas con la izquierda; por otra, afectaron su representatividad en cuanto partido católico, debido a la laicización del mismo partido y la fragmentación política del universo de los creyentes.

La aceptación de los principios liberales en materia de libertad religiosa y de separación entre Estado e Iglesia, el reconocimiento de la autonomía de los laicos, fueron hitos fundamentales, que vinieron a poner fin a las ambiciones clericales de reconquista de la sociedad a través de un Estado o un partido católico. La situación política italiana había jugado un papel decisivo en determinar este resultado. El Vaticano estaba, de hecho, reconociendo el éxito de la DC en su esfuerzo por resistir a los diseños integristas del Papa Pacelli, basados en la idea de que el partido debía ser mero instrumento de la Iglesia en la construcción de una Italia católica, vanguardia del proyecto de una *nuova cristianità*, con que la Iglesia se proponía recuperar las posiciones perdidas a partir de la Revolución francesa (13). Un proyecto para el cual el Vaticano había contado con el desempeño de la Acción Católica que había dado su respaldo electoral a una DC débilmente organizada (14). Frente a estos diseños, la apuesta de De Gasperi, fue la de reivindicar la autonomía y la no confesionalidad de la DC, defender el principio de la democracia pluralista, fortalecer la colaboración con los partidos laicos y rechazar la hipótesis de alianza con las derechas monárquica y neofascista, que la jerarquía y Acción Católica trataron de imponerle en las elecciones administrativas para la municipalidad de Roma de 1952 (15). En los años siguientes, el sucesor de De Gasperi, Amintore Fanfani, logró autonomizar a un partido hasta aquel entonces débil a nivel organizativo, a través de la creación de una nueva base social DC en el aparato estatal. Una apuesta que resultó exitosa, tanto que a partir del pontificado de Juan XXIII, la Iglesia intervino solo ocasionalmente en el desarrollo político del país. De esta manera, termina-

(12) Sin olvidar que justo en este periodo, en paralelo al proceso de distensión entre superpotencias, se sentaban las bases de la llamada *Ostpolitik* vaticana, con miras al establecimiento de relaciones diplomáticas con el mundo socialista: véase STEHLE (1981).

(13) POLLARD (2008): 108-129.

(14) MARZANO (1996): 121-152.

(15) RICCARDI (2003).

ba convergiendo con los planteamientos de Maritain y con los principios inspiradores de la misma DC, dando luz verde al proceso de laicización que se vislumbraba en el partido italiano y en sus pares europeos. Este mismo proceso interesará al partido chileno en las décadas siguientes (16). En el momento en que en Roma se producían estos cambios, en Chile, la Revolución en Libertad daba sus primeros pasos, en un cuadro de estrecha asociación entre la Iglesia y un PDC, que en su declaración de principios, llamaba a una cruzada «por el establecimiento de una verdadera cristiandad, cuya posibilidad histórica surge por la crisis de la civilización moderna» (17). Sin embargo, ya la segunda mitad de los sesenta estaba marcada por el abandono por parte de la Iglesia de cualquier identificación partidista en paralelo con el proceso de fragmentación política del mundo católico (18).

3. LA DC, LOS CATÓLICOS DE IZQUIERDA Y EL DIÁLOGO CON EL MARXISMO

El «aggiornamento» de la Iglesia correspondía también a un sustancial debilitamiento del clivaje religioso, en todos sus posibles significados. Entre los sesenta y setenta, los temas religiosos dejaron de ejercer un peso relevante en el debate político de muchos países católicos. En Italia —donde la relación Estado-Iglesia quedaba congelada en la integración de los pactos del Letrán en la Constitución Republicana (19)— la tendencia será parcialmente interrumpida por el referéndum sobre el divorcio de 1974, anuncio de los futuros desencuentros entre Iglesia y modernidad. En Chile, basta con notar que la dimensión religiosa estuvo prácticamente ausente en los conflictos que caracterizaron la época del gobierno allendista, exceptuando las polémicas en torno al proyecto de la Escuela Nacional Unificada (ENU), retirado prontamente por el gobierno.

En ambos países, esta tregua no estuvo solo determinada por la evolución de la Iglesia, sino también por el reconocimiento de su autoridad y prestigio por parte de sus antiguos adversarios. En los sesenta y setenta, ni el laicismo, ni el anticlericalismo, ni el ateísmo, ni el secularismo moral constituyeron componentes relevantes en el discurso de los partidos de la izquierda. Aún más, ahora estos últimos se presentaban como interlocutores del catolicismo: un fenómeno que era particularmente relevante en el caso de los dos partidos comunistas, interesados en echar abajo la barrera entre el marxismo ateo y el cristianismo en países con gran mayoría católica, donde incluso muchos de sus votantes y militantes seguían siendo seguidores de la Iglesia romana, a pesar de los proble-

(16) MAINWARING (2010): 480-487.

(17) WALKER (2010): 230.

(18) PARKER (1988): 54.

(19) Solo en 1984 las dos partes llegarán a la firma de un nuevo concordato, con el cual el catolicismo cesó de ser religión de Estado.

mas con que esta ambigüedad repercutía en sus vidas cotidianas (20). En Italia, la atención al mundo católico fue un elemento característico de la estrategia del PCI ya desde la posguerra, cuando el partido de Togliatti dio su respaldo a la mencionada incorporación de los pactos del Letrán en la Constitución Republicana. Incluso con ocasión del referéndum sobre el divorcio de 1974 el PCI se esmeró por buscar una solución de compromiso que pudiera evitar que este tema abriera un conflicto con el mundo católico. En Chile, las relaciones entre los partidos de izquierda y la Iglesia dieron un salto cualitativo durante la dictadura, cuando la Vicaría de la Solidaridad se impuso como el principal baluarte de la defensa de los derechos humanos. Esta Iglesia que se abría al mundo seguía siendo un referente cultural clave en sociedades prevalentemente católicas. El interés de la izquierda en el diálogo partía de la constatación de esta realidad, traducéndose en la búsqueda de relaciones con la jerarquía eclesiástica y de un entendimiento político con sectores políticos cristianos.

Por su parte, el renovado énfasis de la Iglesia en la cuestión social abría un terreno propicio a la búsqueda de un encuentro entre los dos mundos. Si la Revolución en Libertad vio a la DC chilena ir sola en un camino de transformaciones socioeconómicas, en competencia con los partidos marxistas, la centroizquierda italiana —con la integración del partido socialista (PSI) en el gobierno— prefiguró un cuadro en que el diálogo era posible, si bien con la exclusión de los comunistas. Más tarde, en Chile, la cuestión social inspiró la perspectiva, nunca concretada, de una alianza entre PDC y Unidad Popular, sugerida por el candidato presidencial del PDC, Radomiro Tomic, antes y después de las elecciones de 1970.

Sin embargo, en el marco de contextos políticos altamente polarizados, el efecto principal del énfasis conciliar en lo social, fue la radicalización y proliferación de grupos de izquierda católica, interesados en un acercamiento al marxismo. Un fenómeno que era también el fruto del reconocimiento, por parte del Concilio, de la autonomía de los laicos en la esfera política, que, al soltar las riendas de la disciplina hacia las jerarquías, permitió el surgimiento de un pluralismo de opciones para los católicos. En Italia, los sesenta fueron la década en que se vislumbraron las señales de la pérdida de unidad política entre las diferentes vertientes del mundo católico, debilitándose su natural identificación con la DC (21). Era el fin del llamado *collateralismo*, es decir, de la estrecha asociación que mantenían con la DC la constelación de organizaciones católicas italianas. En el caso de algunas de ellas, el proceso implicó una apertura hacia posiciones de izquierda, como ocurrió con las *Associazioni Cristiane Lavoratori Italiani* (ACLI) y la *Confederazione Italiana Sindacati Lavoratori* (CISL), el segundo sindicato del país. En los años siguientes se creó un pequeño partido

(20) Véanse en particular, las contribuciones de Lucio Lombardo-Radice y Luciano Gruppi en GOZZINI (1964); MILLAS (1964).

(21) PARISI (1971): 637-657.

católico de izquierda, el Movimento Politico dei Lavoratori, se manifestó una mayor propensión de electores católicos a votar por PCI o PSI y se presentaron candidatos católicos en las listas comunistas. Aún más a la izquierda, se crearon los «cattolici del dissenso» y las comunidades de base, experiencias inspiradas en la Teología de la Liberación latinoamericana. En Chile, típicas expresiones de esta tendencia fueron el movimiento Iglesia Joven —que en 1968 fue protagonista de una inédita toma de la catedral de Santiago— y, durante el gobierno de la Unidad Popular, el movimiento de los Cristianos por el Socialismo (CpS). Dentro del PDC, un sector «rebelde» abandonó en 1969 al partido para conformar el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que integró la coalición de la Unidad Popular; un camino seguido también por la Izquierda Cristiana, surgida en 1971, a partir de otra escisión en el seno del partido católico (22).

El énfasis del Concilio en lo social acarrió una serie de efectos contradictorios para el *partido católico*: legitimó sus aspiraciones reformistas, pero también generó tensión y fragmentación al interior del catolicismo político. En lo que concierne a las relaciones entre la DC y las izquierdas, sus frutos fueron limitados, pero crearon los supuestos culturales para un diálogo, que volvió a replantearse en los años siguientes, ya no en función de un proyecto de cambio, sino de un compromiso por el restablecimiento o por la defensa de la democracia. En Italia, este diálogo fue producto de la crisis de la centroizquierda, del clima de alta movilización y polarización que caracterizaba la vida social del país, y del temor a una amenaza autoritaria que empezaba a perfilarse en aquellos años. Para hacer frente a la situación, en 1973 —y a partir de un análisis del golpe chileno— el líder del PCI Enrico Berlinguer formuló la propuesta de un «compromiso histórico» entre comunistas y demócratacristianos, encontrando un interlocutor privilegiado en el sector DC liderado por Aldo Moro. Se abría un diálogo que conduciría a fines de la década nada menos que a la integración del PCI a la coalición de gobierno de la «solidaridad nacional». En Chile, después del fracaso —en el trienio 1970-1973— de una serie de intentos de acuerdo entre el gobierno y el PDC, la imposición de la línea de Frei, centrada en una estrategia de oposición dura al gobierno, fue uno de los principales factores socio-políticos que facilitaron el golpe de Estado del 11 de septiembre. Sin embargo, fue la misma consolidación de la dictadura militar del general Augusto Pinochet la que posibilitó la búsqueda de un entendimiento entre izquierdas y demócratacristianos chilenos, con vista a la recuperación democrática. Una línea que se concretará solo en la década de los 80, con la significativa exclusión de los comunistas. En ambos casos, el compromiso con la democracia que unió a demócratacristianos e izquierdistas encontró un ulterior factor de legitimación en la común preocupación por la justicia social: esta ya no servía de base para proyectos reformadores, pero sí contribuía a crear un puente cultural, construido a partir de una sensibilidad democrática progresista, arraigada en lo popular.

(22) FLEET, SMITH (1997): 53-54; SMITH (1982): 256; PARKER (1988): 54-55.

Al mismo tiempo, los fenómenos de realineamiento político que, en esta etapa, interesaron al universo de los creyentes, sentaron las bases para la crisis de identidad de las dos DC. Su representatividad del mundo católico se vio perjudicada por la pluralización y fragmentación de este último, si bien en grados y modalidades diferentes. La DC italiana vio debilitada su pretensión de ser el partido único de los creyentes. Su análogo chileno se enfrentó a la división del electorado católico que, en 1970, se dividió en partes significativas entre los tres candidatos a la presidencia (23). En ambos casos, esta fragmentación representó un factor determinante para la decisión de la Iglesia de abandonar la identificación con el partido demócratacristiano, si bien continuó manteniendo con este último una relación privilegiada. En ambos casos, la apertura al diálogo con la izquierda de los partidos católicos terminó abriendo el flanco a la derecha, donde se articularon discursos críticos de sus supuestas posturas blandas ante el marxismo. Incluso a este respecto, hay que considerar que existían grandes diferencias en la capacidad de estos partidos de ser representativos del electorado católico más moderado. En Chile el PDC, con su agenda reformista, resultaba muy poco atractivo para los sectores católicos más tradicionalistas que, históricamente, habían gozado de una relación privilegiada con la Iglesia y que ahora se encontraban marginados por el rumbo que ella había tomado. Electoralmente, estos se orientaron hacia el Partido Nacional, nacido en 1966, de la fusión de liberales y conservadores con grupos ultranacionalistas. En este sector, sin gozar del respaldo de la jerarquía, se gestionaron nuevos planteamientos, entre ellos el gremialismo, expresiones de una nueva derecha y un nuevo catolicismo que constituyó un activo elemento de respaldo del régimen militar (24). En Italia, la deslegitimación de la derecha como categoría política, debido a su asociación con el fascismo —junto al tradicional laicismo del pequeño Partito Liberale (PLI)— habían permitido a la DC cooptar los votos de los católicos conservadores hacia el centro; tanto que hasta su desaparición, a raíz de la crisis de 1992, este partido siguió beneficiándose del voto de este electorado (25). De todas formas, incluso en este caso, era evidente el descontento de muchos sectores sociales por lo que juzgaban una *izquierdización* del partido católico, al mismo tiempo que se perfilaban movimientos integristas como Comunione e Liberazione, fundado por el sacerdote Luigi Giussani, que en los ochenta se propondrá la tarea de recristianizar a la misma DC (26). Serán estos sectores los que, con la llegada de Juan Pablo II, se beneficiarán de la reactivación del anticomunismo y del cambio de la agenda vaticana.

(23) PARKER (1988): 54. En los años de la UP, el cardenal Silva Henríquez adoptó una posición de colaboración con el gobierno y de mediación respecto de los conflictos sociales que se estaban desencadenando en el país, si bien tratando de frenar fenómenos de politización de los religiosos, como era el caso los CpS. Véase VELÁSQUEZ, A. (2003).

(24) VALDIVIA (2008): 123-164.

(25) Electorado que, frente al crecimiento del PCI de los setenta, optó por «taparse la nariz» y votar por la DC, según la expresión del periodista Indro Montanelli.

(26) MARZANO (1996): 231-267.

4. RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA ERA DE JUAN PABLO II Y BENEDICTO XVI: EL RETORNO DE LA IGLESIA A LA TRINCHERA

En ambos países, la última década del siglo xx se ha caracterizado por profundas transformaciones políticas. En 1988 un plebiscito ponía fin a la dictadura pinochetista, iniciándose el retorno a la democracia sobre la base de la Constitución elaborada por el mismo régimen. Unos pocos años después, en 1992, en Italia, se derrumbaba el poder de los partidos de la Primera República, duramente afectado por los escándalos de corrupción de Tangentopoli. Los nuevos sistemas electorales en ambos países incentivaban la formación de coaliciones contrapuestas y el sistema de partidos se rearticulaba en función de esta exigencia. De esta manera, los partidos demócratacristianos perdían la posibilidad de ejercer su tradicional función de centro y se veían obligados a integrar una de las dos coaliciones. En los años siguientes, el PDC siguió siendo un actor político muy relevante, en el marco de la coalición con la izquierda «renovada», la Concertación. A lo largo de los noventa ha tenido en sus manos la presidencia de la República con Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle, y ha sido el principal partido del país hasta mediados de la primera década del siglo XXI. En Italia, en cambio, con la división del Partito Popolare (PPI), la denominación con que la DC trató de sobrevivir a su crisis de credibilidad, el catolicismo político dejó de existir como fuerza unitaria, dando vida a diferentes grupos. Los unos, que preservaron inicialmente la sigla PPI, aliados con los excomunistas que, a su vez, después de la caída del muro, cambiaron de nombre e identidad, transformándose en Partito Democratico della Sinistra (PDS); los otros, con la nueva derecha que se había reunido alrededor del empresario de telecomunicaciones Silvio Berlusconi, con el supuesto fin de «salvar al país del comunismo». Esto fue solo el comienzo de un proceso marcado por frecuentes escisiones, reagrupaciones y cambios de denominación, e incluso por la tendencia pendular —entre los dos bloques— de varios de los nuevos grupos exDC. Sin embargo, incluso en este país, los exdemócratacristianos continuaron siendo una familia política relevante y persistieron en el poder, presentes en todos los gobiernos de la Segunda República, sean de centroizquierda o de centroderecha. Últimamente, sin embargo, manifestaron la tendencia a la confluencia en partidos más grandes, como es el caso de los *expopolari* que, pasando —entre 2002 y 2007— por la experiencia de la Margherita, confluyeron con los herederos del PCI en el Partito Democratico (PD). Pese a las muchas diferencias, se pueden observar evidentes analogías, en la medida en que el PDC chileno y este sector católico de la centroizquierda italiana, se han enfrentado con una derecha, ferviente partidaria del neoliberalismo económico, que ha tratado de hacerse con las credenciales de representante del catolicismo nacional.

Este desafío fue propiciado por los cambios que, a partir de las últimas décadas del siglo xx, afectaron la relación entre religión y política en gran parte del mundo, producto del debilitamiento del clivaje socio-económico y de

la reactivación del clivaje religioso. El fin de la guerra fría y la paralela imposición del modelo neoliberal, representaron una solución de continuidad, debido a que el desafío que venía de las izquierdas había constituido el punto de definición de las opciones políticas de la Iglesia y del mundo católico durante gran parte del siglo XX. Si, por una parte, la caída del socialismo real marcó la desaparición de la gran amenaza histórica representada por el comunismo ateo; por otra parte, la lógica de enfrentamiento que caracterizó las relaciones Este-Oeste en la primera mitad de los ochenta, produjo una reactivación de las corrientes conservadoras en el mundo católico, beneficiarias del renovado favor de la Iglesia de Roma que, bajo la guía del Papa polaco Karol Wojtyła, había vuelto a jugar el rol de firme opositora del comunismo. A su vez, la imposición del evangelio del neoliberalismo —en Chile, los Chicago Boys estuvieron entre los precursores a nivel mundial— marcó la crisis de los modelos económicos basados en la redistribución, que en los años anteriores habían constituido el terreno de encuentro entre la tradición del movimiento obrero y el catolicismo político. El fenómeno constituía el punto de declive no solo para todos los socialismos, sino también para las perspectivas de los católicos de izquierda que, en su versión más radicalizada, se encontraron, además, deslegitimados por el nuevo pontífice, a través de su condena a la Teología de la Liberación (27). Sin embargo, pese a que la Iglesia —una vez derrotado el enemigo personificado por el comunismo ateo— se dedicara a denunciar esporádicamente los males del capitalismo, incluso la misma doctrina social católica perdía «viabilidad» política. Los sectores católicos integrantes de las coaliciones de centro-izquierda han resentido notoriamente estos cambios. En primer lugar, por «mirar demasiado hacia la izquierda», no se han beneficiado de la condena histórica de la experiencia nacida de la Revolución de Octubre, y se han enfrentado al desafío de sectores católicos duros, críticos de toda apertura. En segundo lugar, las alianzas de centro-izquierda ya no podían contar con una fuerte legitimación que se basara en el compromiso de la Iglesia con la doctrina social, debido a que frente a la globalización de los mercados ya no quedaban muchos espacios para proyectos de transformación socio-económica, sea de corte reformista o revolucionario.

En realidad, en ambos países, las alianzas entre demócratacristianos y la izquierda posmarxista «renovada» parecen más bien la expresión de instancias de diálogo fundadas en supuestos ideológicos y culturales cuyas raíces se remontan a las décadas de los sesenta-setenta. Son expresión de la persistencia, si bien mucho más limitada, del clivaje socio-económico —que había constituido el principal eje articulador no solo de las diferencias entre izquierda, centro y derecha, sino de las perspectivas de diálogo entre izquierda y centro—, en la

(27) IGLESIA CATÓLICA, CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI (1984): *Libertatis Nuntius*. Instrucción sobre algunos aspectos de la 'Teología de la Liberación'; IGLESIA CATÓLICA, CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI (1986): *Libertatis Conscientia*. Instrucción sobre libertad cristiana y liberación.

medida en que se caracterizan por ser relativamente más proclives que sus adversarios neoliberales a defender los principios de la justicia social. También son expresión de peculiares «clivajes» históricos, producto del específico legado del siglo pasado en las historias nacionales. Así como en el caso de Chile algunos autores han señalado la imposición del «clivaje» autoritarismo-democracia (28), en Italia la dicotomía antifascismo-anticomunismo ha sido un factor cultural y simbólicamente relevante en la conformación de los dos «polos» contrapuestos y en las diferentes decisiones que los sectores exDC hacen en esta coyuntura: aliarse con los herederos del PCI, en el espíritu del antifascismo y del «compromiso histórico», o con los nostálgicos de Mussolini, en el espíritu del anticomunismo berlusconiano.

Al optar por relacionarse con la izquierda, el PDC y los *popolari* también quedaron en una posición de debilidad frente a las nuevas prioridades políticas de la Iglesia. Ya con anterioridad a la caída del muro, al término del régimen pinochetista, y al derrumbe de la Primera República italiana, se estaban creando a nivel mundial las condiciones para que el tema religioso se reactivara con fuerza, si bien con rasgos parcialmente nuevos, como efecto de la imposición de la sociedad del consumo y de la revolución cultural que la acompañó. Los cambios de paradigma en materia sexual, generaron importantes repercusiones en la esfera de la política, llevando a la agenda pública un amplio conjunto de temas relacionados con la sexualidad, tales como el aborto, el divorcio y, décadas más tarde, el matrimonio gay y la procreación asistida. Frente al fenómeno, el pontificado de Juan Pablo II abrió una nueva fase de activismo de la Iglesia católica, llamándola a recolocar su autoridad en un mundo secularizado, en que la religión había perdido el control sobre la sociedad civil, y a desafiar a la modernidad desde la defensa de lo que consideraba su prerrogativa histórica. Expresión de esta exigencia fue el proyecto de la «Nueva Evangelización». A nivel temático, paulatinamente se impuso en la agenda de la Iglesia un creciente énfasis en la esfera de la moralidad personal, asunto que se ha constituido en una nueva línea de enfrentamiento político. Un nuevo desafío para los católicos y, también para los partidos de izquierda, reacios a volver a dar lucha en la trinchera entre laicidad y religión. En particular, la «defensa de la vida» se convirtió en un lema principal, como lo manifestaba la promulgación de la encíclica *Evangelium Vitae* (1995) por Juan Pablo II, que seguía a la *Humanae Vitae* (1968) de Pablo VI. Esta línea se ha reforzado aún más con el pontificado de Ratzinger, asumiendo los rasgos de una batalla contra la «cultura de la muerte», bajo el argumento que el catolicismo constituiría la base de la civilización occidental actual, amenazada por el relativismo ético.

Junto a este cambio de prioridades, han cambiado las modalidades de acción con que la Iglesia ha tratado de defender su posición en el nuevo escenario, adop-

(28) TIRONI, AGÜERO (1999).

tando, en parte, las prácticas de un «grupo de presión» (29), buscando conexiones con políticos de diferentes partidos, creando grupos y organizaciones «provida» formalmente autónomos, y afinando su capacidad de utilizar los medios de comunicación. También, la Santa Sede ha buscado crear alianzas a nivel internacional con gobiernos conservadores para influir en las labores de los organismos internacionales dedicados a estas temáticas (30). La galaxia de las organizaciones católicas, a su vez, se ha ajustado al nuevo escenario, en la medida en que la nueva orientación vaticana frente a los problemas del mundo ha encontrado expresión en el protagonismo y en el poder de una nueva tipología de conservadurismo religioso, cuya difusión y consolidación ha sido favorecida por Juan Pablo II. Es el caso de organizaciones y movimientos, por cierto diferentes entre ellos, como el Opus Dei, los Legionarios de Cristo, y Comunione e Liberazione.

En los países analizados, la Iglesia hubo de atender además a la necesidad de reformular su estrategia en un nuevo contexto político. En Chile, donde, a partir de los ochenta, el Vaticano impulsó un cambio en sentido conservador de las jerarquías, tras el retorno a la democracia, la Iglesia lanzó el tema de la crisis moral de la sociedad y se centró con particular insistencia en la crisis de la institución familiar. En 1990, a través de la carta pastoral «*Los Católicos y la política*», el arzobispo de Santiago, Monseñor Oviedo, expresó esta aprensión frente al relativismo moral y la liberalización de las costumbres, destacando que las democracias solo funcionaban cuando existía un consenso ético y cultural de base (31). Mientras tanto, la Iglesia italiana, ya duramente golpeada por las derrotas sufridas en los referéndums sobre el divorcio (1974) y el aborto (1981), tenía que replantear su estrategia frente a la crisis y desaparición de la DC. Respecto de esto, Sandro Magister ha hablado de una Iglesia «extraparlamentaria» que, bajo la guía del presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, Camillo Ruini, ha ingresado directamente en la arena política, sin mediaciones partidistas (32). De esta manera, la Iglesia dejó de buscar la unidad política de los católicos representada por la DC y planteó la unidad moral y social de la nación, llamando a la recatolización de Italia, haciendo hincapié en el papel que el catolicismo juega en la identidad nacional.

En ambos casos, la Iglesia ha tratado de imponer su punto de vista en la formulación de la agenda política, sin identificarse completamente con ningún bando; sin embargo, la centralidad asumida por los temas de valores y el énfasis en el tema del relativismo ético produjo, por lo menos, una parcial realineación

(29) Para una discusión sobre el tema véase GURRUTXAGA (2008). Un caso paradigmático en la aplicación del concepto de grupo de interés a la acción política de la Iglesia y a su relación con los partidos, es el de WARNER (2000).

(30) SJORUP (1999); FERRARI (2006): 33-50.

(31) PARKER (1998): 657. Véanse también la carta pastoral Moral, juventud y sociedad permisiva (1991) y el documento de los obispos, Certeza, coherencia y confianza: Mensaje a los católicos chilenos en una hora de transición (CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE: 1989).

(32) MAGISTER (2001).

de sus alianzas hacia la derecha (33). El dato de fondo es que las transformaciones políticas, culturales y sociales de la última parte del siglo XX, junto a la respuesta que les ha dado la Iglesia, repercutieron con fuerza en el catolicismo político, abriéndose nuevas oportunidades para otros actores interesados en hacerse con el título de defensores de la religión. En ambos países la arremetida de estos últimos se ha basado en el llamado a la defensa de las tradiciones cristianas, consideradas como la base de la civilización occidental y de la comunidad nacional, de las cuales la derecha se ha autoproclamado defensora frente a los desafíos de la época, en línea con la nueva agenda vaticana.

Durante los años ochenta, se ha asistido a la consolidación de un nuevo conservadurismo religioso en las élites chilenas, partidarias del modelo neoliberal en economía y de una dictadura que, no obstante el conflicto con la jerarquía eclesial sobre el tema de los derechos humanos, pretendía legitimarse como defensora de los valores cristianos (34). En este proceso ha jugado un papel importante el proselitismo que han hecho, en estos sectores, movimientos religiosos ultraconservadores, tales como el Opus Dei y los Legionarios de Cristo que, combinando un anticomunismo visceral a un intransigente conservadurismo valórico, han manifestado en los hechos, pese a su «apoliticidad», una particular consonancia y cercanía con los partidos de derecha (35). La Unión Demócrata Independiente (UDI) es, hasta el día de hoy, la principal expresión política de este conservadurismo moral que, fundamentado en principios articulados a partir del gremialismo original, ocupa un lugar destacado incluso en la declaración de principios de la colectividad (36). El mismo Jaime Guzmán, ideólogo y fundador del partido, declaraba en 1988 que «la defensa del derecho a la vida de la persona que está por nacer constituye para la UDI un principio fundamental que defenderemos con todas nuestras fuerzas en la futura democracia» (37). La convergencia con la Iglesia se ha expresado en una política de resistencia, desde la oposición, a las reformas liberalizadoras que, periódicamente, han sido planteadas por la Concertación (38). El resultado de todo esto ha sido una de las legislaciones más conservadoras del

(33) HAAS (1999): 43-66; LIES, MALONE (2006): 93-98; MELLONI (2007): 72-75. Otros elementos que nos parecen de extrema importancia, para interpretar el escenario que se está abriendo, y a los que sería necesario dedicar un análisis más detallado, se refieren a: 1) la persistencia y la capacidad de acción política de sectores progresistas en la Iglesia; 2) las opciones electorales de los creyentes, distinguiendo entre practicantes y no practicantes. Con relación a este tema en el caso italiano, ver DIAMANTI, CECCARINI (2007): 37-59.

(34) ROJAS MIX (2007).

(35) THUMALA (2007); MÖNCKEBERG (2003); INSUNZA, ORTEGA (2008).

(36) Véase la Declaración de Principios de la Unión Demócrata Independiente, Punta de Tralca (1991), en http://www.udi.cl/sitio/wp-content/uploads/2009/03/declaracion_principios_udi.pdf

(37) Citado por CUBILLOS, MARCELA; FORNI, MARCELO; URIARTE, GONZALO (2004): «Carta abierta a los dirigentes y militantes de la UDI», *Realidad*, n. 83, año 9.

(38) Por otra parte en 2010 la derecha ha llegado por primera vez, desde el retorno a la democracia, al gobierno. Las discusiones sobre el tema de las uniones civiles y el aborto terapéutico han dejado a la luz ciertas diferencias menores, existentes incluso dentro de este sector.

mundo, que prohíbe hasta el día de hoy el aborto, incluso en el caso de peligro para la vida de la mujer, y en la que solo recientemente se ha podido promulgar una ley de divorcio (2004) (39).

En Italia, en cambio, el giro hacia el conservadurismo valórico de la nueva derecha ha sido, hasta la fecha, más ambivalente. Incluso en este país se han manifestado sectores interesados en recoger las preocupaciones de la Iglesia por la crisis de la sociedad occidental y por la secularización de las costumbres sexuales. Comunione e Liberazione — cuyo *meeting* en Rimini se convirtió en un importante escaparate para los políticos de ambos bandos— ha establecido una relación privilegiada con la centroderecha, donde militan importantes figuras de sus filas. Además, en la década del 2000, se ha comenzado a hablar de teoconservadurismo para definir las posiciones de algunos sectores de la derecha berlusconiana que han articulado un tipo de discurso basado en la denuncia de los males del relativismo y en la exaltación del papel de la Iglesia en la sociedad y en la cultura nacional (40). Sin embargo, se puede notar que estas opciones, si bien han logrado constituirse en un poderoso *lobby*, han quedado en estado bastante minoritario a nivel partidista y muy marginal en su relación con la sociedad. Se ha impuesto, más bien, una fórmula diferente de catolicismo cultural, que un partido como Forza Italia y su líder Silvio Berlusconi han logrado interpretar: un catolicismo algo acomodaticio, factor identitario de una nación en que el panorama está dominado por una mayoría de católicos genéricos, con una fuerte separación e incoherencia entre la esfera de la moral y la de la religión (el caso de Berlusconi es bastante paradigmático) (41). Pese a estos límites, en años recientes la convergencia entre esta derecha y la Iglesia se ha expresado exitosamente en contra de la legitimidad de la eutanasia, de la reproducción asistida, de la investigación con embriones y de las uniones civiles entre gays, logrando imponer su punto de vista en gran parte de estas batallas (42). El incierto escenario político que se ha abierto en Italia después de las elecciones de febrero 2013 no permite formular previsiones sobre la continuidad de esta convergencia. Por otra parte, la elección de Jorge Mario Bergoglio como Papa Francisco parece indicar la voluntad de mantener la línea conservadora en lo valórico, aunque recuperando un mayor énfasis en lo social.

5. LOS DILEMAS DEL PARTIDO CATÓLICO EN LA ÉPOCA DEL NUEVO «CLIVAJE RELIGIOSO»

Es cierto que la Iglesia ha privilegiado esta alianza solo parcialmente, manteniéndose libre para relacionarse con ambos bandos políticos. En parte, se

(39) HTUN (2010); BLOFIELD (2006): 95-120.

(40) QUAGLIARELLO (2006); PERA, RATZINGER (2004).

(41) Sobre la religiosidad de los italianos véase GARELLI (1996); DONOVAN (2000): 140-156.

(42) HANAFIN (2007): 59-80.

podría decir que la reafirmación de su compromiso con la justicia social ha limitado su identificación con el nuevo conservadurismo político. La «Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política» de 2003 ha insistido en que la fe cristiana es una unidad integral y que no es legítimo aislar a algunos elementos en particular, perjudicando la doctrina entera (43); una unidad que ni las izquierdas ni las derechas pueden ofrecer (44). No obstante ello, queda suficientemente claro que la preocupación por la esfera de la familia y la sexualidad constituye la verdadera prioridad de la política vaticana bajo Juan Pablo II y Benedicto XVI. De hecho, la opción de neutralidad de la Iglesia, en Italia y Chile, parece beneficiarse de los límites y tensiones que se han producido en las centro-izquierdas. A la presencia en estas mismas coaliciones de importantes e influyentes sectores católicos, muy sensibles a directivas y enseñanzas eclesíásticas, hay que añadir la peculiar posición de los partidos de izquierda.

Al igual que en gran parte del mundo occidental, los partidos herederos de la tradición del movimiento obrero han incorporado a su agenda aspectos de las nuevas demandas de liberación del movimiento feminista (45). Para estos partidos, que se encontraban huérfanos de lo que había sido el sentido de su misión en la dimensión socioeconómica, se ha abierto así el espacio para una redefinición de su identidad en sentido laico y liberal. Los casos del Partido por la Democracia (PpD) y del Partido Socialista, en Chile, y el del PDS en Italia, son, a este respecto, bastante paradigmáticos. Sin embargo, este proceso se ha desarrollado con lentitud y con no pocas dificultades; ello no solo porque —al igual que en otros países— a menudo estos temas han creado conflictos con la cultura de electores y militantes tradicionales, sino también porque en Italia y Chile, las izquierdas habían invertido mucho en la eliminación del conflicto marxismo-religión y, después que habían abandonado la línea del choque, se encontraban muy incómodas frente a la apertura de esta nueva trinchera.

En ambos países, hasta al día de hoy, estos partidos se han demostrado muy sensibles a las declaraciones de papas y obispos, porque consideran a la Iglesia un poderoso agente legitimador y un adversario no deseable, sin olvidar la legítima preocupación por no quebrar la alianza con los partidos y sectores católicos. Todo esto hace que las coaliciones de centroizquierda no se movilicen con facilidad en torno a las reformas liberalizadoras, más aún si están en el gobierno. En la medida en que lo han hecho, han dado argumentos a la ofensiva de la nueva derecha. La Iglesia ha podido así contar con todos los beneficios que le

(43) IGLESIA CATÓLICA, CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI (2003): Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política.

(44) Junto a estos asuntos, existe también una tendencia a la homogeneización de los programas socioeconómicos, lo que ha limitado la relevancia de estos aspectos en las preferencias de la Iglesia, ello, no obstante las coaliciones progresistas, o de centro-izquierda, sigan insistiendo en la dimensión redistributiva y solidaria.

(45) SASSOON (2001): 741-753.

otorga su estrategia de *lobbying*: ha consolidado, sin declararlo, una relación privilegiada con la derecha, fortaleciendo su capacidad de condicionar a los componentes católicos de centro-izquierda.

En este contexto, los centristas católicos aliados con la izquierda se han encontrado en una situación muy difícil. En tanto han adoptado un criterio de apertura moderada frente a los temas de valores, se han expuesto no solo a la arremetida de la nueva derecha, sino también a las presiones de la misma Iglesia (46). A menudo el PDC se ha encontrado en el lado más incómodo de la polémica, como fue en el caso de las discusiones sobre la ley de divorcio o de las Jornadas de Conversación sobre Afectividad y Sexualidad (JOCAS), el programa de educación sexual desarrollado por el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle (47). Lo mismo ha pasado en el caso de los exdemocratacristianos que confluyeron en el Partido Democrático, cuyo «laicismo» ha sido estigmatizado duramente por el mismo secretario de Estado vaticano, Tarcisio Bertone: «La Iglesia italiana era más respetada en los tiempos de la DC y del PCI; Gramsci, Togliatti y Berlinguer nunca habrían aprobado las derivas que se están perfilando hoy en día» (48).

Esta situación, por otra parte, no ha sido solo el producto de los nuevos equilibrios políticos, sino de la especificidad misma de este tipo de partido, cuya moderación en temas de valores no proviene únicamente de exigencias de mediación con la izquierda, sino también de una cultura política que separa las convicciones religiosas personales de la esfera pública. Estos partidos se conformaron en un contexto caracterizado por la debilitación del viejo clivaje basado en los conflictos sobre la laicidad del Estado, contribuyendo ellos mismos a este resultado. Tanto el PDC como la DC han experimentado paulatinos procesos de laicización, así como lo han hecho sus pares de Europa y América Latina; han perdido o marginado las pretensiones integristas que existían a su interior, haciéndose más pragmáticos y menos ideológicos (49). También se han identificado con un estilo y con una ética de gestión del poder que se basa en el arte de la moderación y del compromiso. Tanto en el Chile de los noventa, como en la Italia de la Primera República, parece que estas características se han impuesto como paradigma de la *demo-cristiandad*, de modo que estos no eran partidos que pudieran interpretar los planes de recatolicización de la sociedad que la Iglesia había vuelto a plantear.

En Italia, ya las batallas sobre divorcio y aborto de los setenta habían demostrado, de manera dramática, no solo la dificultad de ser partido católico en una sociedad que estaba conociendo un vertiginoso proceso de secularización,

(46) HANAFIN (2007): 59-66; HTUN (2010): 149-153; WALKER, AYLWIN (1996).

(47) SHEPARD (2009): 223-228. Para una recopilación y análisis de los debates públicos sobre temas de valores véase GRAU *et al.* (1997).

(48) Citado en CONTI, PAOLO: «Io, Rodano e i rapporti Chiesa-Pci. Non capirono Togliatti e Berlinguer», *Corriere della Sera*, 2 de enero de 2008, p. 5.

(49) NORRIS, INGLEHART (2004): 210-212; MAINWARING (2010): 480-487.

sino también la dificultad de serlo, preservando los rasgos de mediación y centralidad que habían caracterizado hasta aquel entonces su posición. Al momento de volver a jugar el papel de partido de la tradición, aliado predilecto de la Iglesia, durante la campaña antidivorcista de 1974, la Democrazia Cristiana encaró no pocas dificultades y dilemas, enfrentándose a un frente laico, integrado por sus aliados de gobierno, el PCI y los radicales, acompañada solo por los neofascistas del MSI. Mientras, incluso, sectores del mundo católico defendían la libertad de conciencia de los católicos o adoptaban abiertamente una posición prodivorcista (50). La consiguiente derrota —la primera de la DC en una elección desde 1945— terminó socavando la autoridad del secretario general Amintore Fanfani, responsable de sobreexponer al partido con su exasperado activismo antidivorcista. En cambio, la actitud blanda con que el mismo partido enfrentó la introducción de la ley de aborto, en los años de la solidaridad nacional, constituyó —a los ojos de sectores conservadores del mundo católico— la prueba de su «traición» a los valores cristianos: una traición que se consumaba —según ellos— en nombre del compromiso con un enemigo que ahora asumía los rasgos de la «imperante» cultura marxista y laicista (51).

6. CONCLUSIONES

La desaparición de la DC, y la fragmentación de la familia democristiana en Italia, producto del terremoto político desencadenado por Tangentopoli, se opone a la persistencia de su par chilena como actor político unitario. Sin embargo, la comparación nos ha permitido identificar algunas similitudes relevantes, que van más allá de esta diferencia, en la medida en que conciernen, de manera específica, a aquellos sectores del partido italiano que, después del derumbe de la casa madre, han optado por una alianza con la izquierda, análoga a la que el PDC estableció con la izquierda renovada chilena. Y ello no solo porque, al igual que en otras partes del mundo, la opción de la Iglesia por modalidades de acción política propias de un «grupo de presión», haya causado crecientes dificultades a la formación y a la existencia de partidos católicos. Estas similitudes se refieren a las dificultades que hoy estos sectores experimentan para reafirmar su matriz identitaria cristiana al interior de coaliciones de centro-izquierda que, bajo diversos aspectos, son el punto de llegada de las respectivas trayectorias. En estos dos países, la centralidad del clivaje socioeconómico, con sus corolarios y proyecciones ideológicas en los avatares de la

(50) SEYMOUR (2006): 213-222.

(51) Véanse por ejemplo: PIVETTI, IRENE: «La riconquista oltre l'esilio e la regalità dolorosa di Cristo», *Cristianità*, año XXII, N° 232-233, agosto-septiembre de 1994, pp. 11-12; MANTOVANO, ALFREDO: «La Democrazia Cristiana e l'aborto: perché fu vero tradimento», *Ibid.*, pp. 13-15; PALMARO, MARIO: «Aborto, 25 anni di vergogna», *Il Timone*, N° 26, julio-agosto de 2003, http://difendilavita.altervista.org/aborto_25_anni_vergogna.html (acceso 27 de octubre de 2011).

historia nacional, marcó, de manera significativa, la evolución del catolicismo político «progresista». Al desafío representado por las izquierdas, las DC italiana y chilena ofrecieron soluciones no solo en términos de alternativa, sino también, en determinadas condiciones —y a diferencia de otros partidos de la misma matriz— de diálogo. Las actuales coaliciones de centro-izquierda se fundamentan, en diversos aspectos, en una sensibilidad que refiere a todo lo que acercó a estos dos mundos en décadas anteriores (cuestión social y específicos clivajes históricos).

Por otra parte, ambos partidos enfrentaron los costos de la diversificación política que se produjo en el mundo católico a partir de los sesenta, cuando las cuestiones socioeconómicas y la actitud frente al comunismo fueron los ejes para la formación y contraposición en su interior, de diferentes vertientes. Este fenómeno demostró que la posición de centro, o de centroizquierda, asociada a las dos DC, no podía ser representativa de toda la realidad del catolicismo, empujando a la Iglesia a considerar otras opciones para su actuación en la esfera político-social (52). Coetáneo al surgimiento de un catolicismo de izquierda, se incubó el protagonismo de sectores tradicionalistas que se mostraban críticos a la apertura al mundo y a la opción reformista planteadas por el Concilio, así como a lo que consideraron una actitud blanda de las DC frente al comunismo y la izquierda. Estos sectores (que en la actualidad han encontrado expresión en las coaliciones de derechas de ambos países) han sido los grandes beneficiados del importante cambio de prioridades experimentado por la agenda vaticana bajo el pontificado de Juan Pablo II, con el debilitamiento del anterior énfasis en la cuestión social y la apuesta por una nueva línea de lucha contra la secularización.

Por lo general, el desafío representado por los temas de valores ha encontrado poco preparados a los demócratacristianos. Si bien las DC se han declarado, por principio, contra el aborto, su cultura política, que contempla la separación entre lo privado y lo público y defiende el pluralismo, las ha llevado a una posición conciliadora, basada en un enfoque bastante «liberal»; mientras que, a la vez, su pragmatismo las ha hecho proclives a la lógica del compromiso y de la mediación. El nuevo «clivaje religioso» ha desplazado definitivamente a las DC de su posición de partido autónomo, pero de alguna manera predilecto, de la Iglesia. Además, para los partidos y sectores demócratacristianos hoy aliados a la izquierda, la situación es ulteriormente complicada por las lógicas subyacentes a este tipo de alianza. Los temas relacionados con la sexualidad y la familia representan elementos de contradicción y de crisis latente dentro de estas coaliciones, por el potencial disruptivo del consenso que está en la base de este tipo de conglomerados. En ambos casos, la reactivación del clivaje religioso y su combinación con una configuración del cuadro político representativa de especificidades históricas nacionales, maduradas en la etapa posconciliar (el

(52) MAINWARING (2010): 495-498.

«diálogo» con la izquierda), lleva a estos sectores a una verdadera crisis de identidad, al no disponer de su principal recurso simbólico: la religión católica. En este sentido, se podría decir que en Italia la fusión en el PD del componente católico que había dado vida al PPI y a la Margherita, parece proyectar, incluso para el caso chileno, numerosas interrogantes sobre el futuro de este sujeto en cuanto partido con matriz religiosa.

7. BIBLIOGRAFÍA

- BLOFIELD, MERIKE (2006): *The politics of moral sin. Abortion and Divorce in Spain, Chile and Argentina*, New York-London, Routledge.
- CASALS, MARCELO (2009): «Aproximaciones al estudio del anticomunismo en Chile. Lo local y lo global en las elecciones presidenciales de 1964», en OLGA ULIANOVA (ed.), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Usach-Ariadna, pp. 294-311.
- DIAMANTI, ILVO; CECCARINI, LUIGI (2007): «Catholics and politics after the Christian Democrats: the influential minority», *Journal of Modern Italian Studies*, Vol. 12, N° 1, pp. 37-59.
- DONOVAN, MARK (2000): «Italy. A dramatic case of secularisation?», en DAVID BROUGHTON, HANS-MARTIEN TEN NAPEL (ed.), *Religion and Mass Electoral Behaviour in Europe*, London-New York, Routledge, pp. 140-156.
- DURAND, JEAN-DOMINIQUE (1995): *L'Europe de la Démocratie Chrétienne*, Bruxelles, Éditions Complexe.
- FERRARI, LISA L. (2006): «The Vatican as a Transnational Actor», en PAUL CHRISTOPHER MANUEL, LAWRENCE C. REARDON, CLYDE WILCOX (ed.), *Catholic Church and the Nation State. Comparative perspectives*, Washington DC, Georgetown University Press, pp. 33-50.
- FLEET, MICHAEL; SMITH, BRIAN H. (1997): *The Catholic Church and Democracy in Chile and Peru*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- FLEET, MICHAEL (1985): *The rise and fall of Chilean Christian Democracy*, Princeton, Princeton University Press.
- GALLI, GIORGIO (2007): *Storia della DC. 1943-1993: mezzo secolo di Democrazia Cristiana*, Milano, Kaos.
- GARELLI, FRANCO (1996): *Forza della religione e debolezza della fede*, Bologna, Il Mulino.
- GAZMURI, CRISTIÁN (2000): *Eduardo Frei Montalva y su época*, Santiago, Aguilar Chilena de Ediciones.
- GIOVAGNOLI, AGOSTINO (2011): *Chiesa e democrazia. La lezione di Pietro Scoppola*, Bologna, Il Mulino.
- (1996): *Il partito italiano: la Democrazia Cristiana dal 1942 al 1994*, Bari, Laterza.
- GOZZINI, MARIO (ed.) (1964): *Il dialogo alla prova. Cattolici e comunisti italiani*, Firenze, Valecchi.

- GRAU, OLGA; DELSING, RIET; BRITO, EUGENIA; FARÍAS, ALEJANDRA (1997): *Discurso, género, poder: discursos públicos*, Chile 1978-1993, Santiago, LOM.
- GRAYSON, GEORGE (1965): *El Partido Demócrata Cristiano chileno*, Buenos Aires, Ed. Francisco de Aguirre.
- GURRUTXAGA, ANDER (2008): «La institución lobby: la religión en la política. El reencontro de la religión con la política en contextos múltiples», en ALFONSO PÉREZ-AGOTE, JOSE SANTIAGO (ed.), *Religión y política en la sociedad actual*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 67-86.
- HAAS, LIESL (1999): «The catholic church in Chile: new political alliances», en CHRISTIAN SMITH, JOSHUA PROKOPY (ed.), *Latin american religion in motion*, New York-London, Routledge, pp. 43-66.
- HANAFIN, PATRICK (2007): *Conceiving Life: Reproductive Politics and the Law in Contemporary Italy*, Aldershot-Burlington, Ashgate.
- HAWKINS, KIRK A. (2010) [2003]: «Sembrando ideas: explicación de los orígenes de los partidos demócratacristianos en Latinoamérica», en SCOTT MAINWARING, TIMOTHY R. SCULLY (ed.), *La democracia cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*, México DF, Fondo de Cultura Económica, pp. 118-170.
- HIMES, KENNETH (2006): «Vatican II and Contemporary politics», en MANUEL, REARDON, *Wilcox*, pp. 15-32.
- HTUN, MALA (2010) [2003]: *Sexo y Estado. Aborto, divorcio y familia bajo dictaduras y democracias en América Latina*, Santiago, UDP.
- INSUNZA, ANDREA; ORTEGA, JAVIER (2008): *Legionarios de Cristo en Chile. Dios, dinero, poder*, Santiago, La Copa Rota.
- JEMOLO, ARTURO CARLO (1995): *Chiesa e Stato in Italia dalla unificazione agli anni settanta*, Torino, Einaudi.
- KALYVAS, STATHIS N. (1996): *The rise of Christian Democracy in Europe*, Ithaca, Cornell University Press.
- LIES, WILLIAM; MALONE, MARY FRAN T. (2006): «The Chilean Church: Declining Hegemony?», en MANUEL, REARDON, *Wilcox*, pp. 89-100.
- LIPSET, SEYMOUR MARTIN; ROKKAN, STEIN (1967): «Cleavage structures, party systems and voter alignments», en S.M. LIPSET, S. ROKKAN (ed.), *Party systems and voter alignments: cross-national perspectives*, New York, Free Press, pp. 1-64.
- MAGISTER, SANDRO (2001): *Chiesa extra-parlamentare. Il trionfo del pulpito nell'era postdemocristiana*, Napoli, L' Ancora.
- MAINWARING, SCOTT (2010) [2003]: «Transformación y decadencia de la Democracia Cristiana en Latinoamérica», en MAINWARING, SCULLY, pp. 478-502.
- MARZANO, MARCO (1996): *Il cattolico e il suo doppio. Organizzazioni religiose e Democrazia Cristiana nell'Italia del dopoguerra*, Milano, Franco Angeli.
- MELLONI, ALBERTO (2007): «The politics of the Church in the Italy of Pope Wojtyla», *Journal of Modern Italian Studies*, Vol. 12, N° 1, pp. 60-85.
- MILLAS, ORLANDO (1964): *Los comunistas, los católicos y la libertad*, Santiago, Austral.
- MÖNCKEBERG, MARÍA OLIVIA (2003): *El imperio del Opus Dei en Chile*, Santiago, Ediciones B Chile S.A.

- NORRIS, PIPPA; INGLEHART, RONALD (2004): *Sacred and Secular. Religion and Politics Worldwide*, Cambridge, Cambridge University Press.
- PARISELLA, ANTONIO (2000): *Cattolici e Democrazia cristiana nell'Italia repubblicana: analisi di un consenso politico*, Roma, Gangemi.
- PARISI, ARTURO (1971): «La matrice socio-religiosa del dissenso cattolico», *Il Mulino*, N° 216, pp. 637-657.
- PARKER, CRISTIÁN (1988): «La Iglesia en Chile, 1968-1988», en JOSÉ LUIS GÓMEZ-MARTÍNEZ, JAVIER PINEDO (ed.), *Chile: 1968-1988*, Athens, Series on Hispanic Thought, pp. 51-78.
- (1998): «Religión y cultura», en CRISTIÁN TOLOZA, EUGENIO LAHERA (ed.), *Chile en los Noventa*, Santiago, Presidencia de la República-Dolmen, pp. 637-680.
- PERA, MARCELLO; RATZINGER, JOSEPH (2004): *Senza radici. Europa, relativismo, Cristianesimo*, Islam, Milano, Mondadori.
- POLLARD, JOHN (2008): *Catholicism in modern Italy. Religion, society and politics since 1861*, London-New York, Routledge.
- QUAGLIARELLO, GAETANO (2006): *Cattolici, pacifisti, teocon. Chiesa e politica in Italia dopo la caduta del muro*, Milano, Mondadori.
- RICCARDI, ANDREA (2003): *Pio XII e Alcide De Gasperi. Una storia segreta*, Bari-Roma, Laterza.
- ROJAS MIX, MIGUEL (2007): *El Dios de Pinochet. Fisionomía del fascismo iberoamericano*, Buenos Aires, Prometeo.
- SASSOON, DONALD (2001) [1996]: *Cien años de Socialismo*, Barcelona, Edhasa.
- SCOPPOLA, PIETRO (1988) [1977]: *La proposta politica di De Gasperi*, Bologna, Il Mulino.
- SEPÚLVEDA, ALBERTO (1996): *Los años de la Patria joven. La política chilena entre 1938-1970*, Santiago, ChileAmerica CESOC.
- SEYMOUR, MARK (2006): *Debating divorce in Italy. Marriage and the making of modern Italians, 1860-1974*, New York, Palgrave MacMillan.
- SHEPARD, BONNIE (2009): *La salud sexual y reproductiva. Una carrera de obstáculos*, Santiago, Catalonia.
- SJORUP, LENE (1999): «Religion and Reproduction: The Vatican as an Actor in the Global Field», *Gender Technology and Development*, Vol. 3, N° 3, pp. 379-410.
- SMITH, BRIAN H. (1982): *The Church and Politics in Chile: Challenges to Modern Catholicism*, Princeton, Princeton University Press.
- STEHLE, HANSJAKOB (1981): *Eastern Politics of the Vatican, 1917-1979*, Ohio University Press.
- THUMALA, MARÍA ANGÉLICA (2007): *Riqueza y piedad. El catolicismo de la Élite económica chilena*, Santiago, Random House Mondadori.
- TIRONI, EUGENIO; AGÜERO, FELIPE (1999): «¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?», *Estudios Públicos*, N° 74, pp. 151-168.
- VALDIVIA, VERÓNICA (2008): *Nacionales y gremialistas. El «parto» de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*, SANTIAGO, LOM.

- VALENZUELA, J. SAMUEL; SCULLY, TIMOTHY R.; SOMMA, NICOLÁS (2007): «The Enduring Presence of Religion in Chilean Ideological Positionings and Voter Options», *Comparative Politics*, Vol. 40, N° 1, pp. 1-20.
- VELÁSQUEZ ALMONACID, MARLÉN (2003): *Episcopado chileno y Unidad Popular*, Santiago, Ucsh.
- WALKER, IGNACIO, AYLWIN, MARIANA (1996): *Familia y divorcio. Razones de una posición*, Santiago, Editorial Los Andes.
- WALKER, IGNACIO (2010) [2003], *El futuro de la Democracia Cristiana chilena*, en MAINWARING, SCULLY, pp. 224-266.
- WARNER, CAROLYN M. (2000): *Confessions of an Interest Group: The Catholic Church and Political Parties in Europe*, Princeton, Princeton University Press.